

textos

novedades

un puente sobre el Drina

Ignacio Castro Rey. Madrid, 16 de diciembre de 2012

“Badi, a despecho de sus magras remuneraciones, era un pobre diablo famélico, en eterna lucha con esa miseria característica que acompaña a menudo a los poetas como una maldición especial, y que ningún salario ni ninguna recompensa logran eliminar”. Un puente sobre el Drina (p. 97)*.

La estatura literaria y poética de Ivo Andrić se mide no tanto por la forma magistral de narrar la enorme épica de una multitud popular durante cuatro siglos, y algunos sucesos históricos que conmovieron al mundo, como por la forma de acercarse a mil situaciones donde no ocurre absolutamente nada. Es esta precisión poética para acercarse y narrar un tiempo detenido, y el pulso de una existencia cualquiera, lo que hace de su novela una obra absolutamente moderna.

Cada superficie, cada rostro y situación son una oportunidad, un fondo insondable y un puente que abre el pasaje hacia otra historia. La novela de Ivo Andrić no es exactamente “monumental”. Tampoco es una larga crónica de Visegrad y Bosnia, entre los siglos XVI y principios del XX, tal como suele resumir alguna contraportada. En ella no se trata tanto de una “suma de pequeñas historias particulares” que dan lugar a la saga de un pueblo, esa comunidad de comunidades que habitan en la antigua Yugoslavia, como tal vez de lo contrario. Es posible que el autor nos quiera contar la historia universal que se encierra en cada ser humano, en una vida tan corriente como misteriosa. El narrador está ahí para contar aquello que no puede tener testigos, lo que sólo sabe un puente de piedra muda. Es otra vez la magia de la literatura, rozando todas las prohibiciones.

“Sucedió entonces que, en un pueblo situado por encima de Visegrad, una muchacha tartamuda y algo anormal quedó en cinta”. Contar es la forma de drenar el dolor desde su pus y ahuyentar así la noche. Andrić labra el lenguaje como tecnología punta de una humanidad que sólo tiene la palabra y el trabajo para aliviar la soledad, el desamparo ante la contingencia que una y otra vez vuelve.

Es cierto que el esfuerzo del hombre-río se rompe “como las olas” (p. 419). Pero en el fracaso tenemos una escuela común de humildad. Es necesario no aferrarse a nada distinto a la vida. Es preciso “morir sólo una vez” (p. 106), a diferencia de unos poderosos que mueren dos veces, cuando dejan el mundo y cuando desaparecen las obras creadas por ellos.

La novela de Andrić es también un largo alegato contra la pesadilla que es la Historia sobre la espalda de lo pequeño, personificado en ese crisol de pueblos balcánicos (eslovenos, cingáros, judíos, serbios, bosnios, croatas, turcos) entregado a la ferocidad de dos imperios, el turco y el austro-húngaro, que se turnan en la infamia. La bestialidad de la historia se repite, interrumpiendo la vida y manejando al hombre de carne y hueso como moneda de cambio. La novela es además un vademécum de todas las variaciones posibles de la alegría y el infortunio. Y un libro de sabiduría, como El ayudante de Walser o Aprendizaje de Lispector “Los osmanlíes decían que hay tres cosas que no pueden permanecer ocultas: el amor, la tos y la pobreza” (p. 391).

Inundaciones, tiranos, amor y crueldad, abundancia natural y espejos de cielo. Si la industria, dice un clásico del siglo pasado, conserva añadiendo una sustancia que altera el elemento original, el arte conserva entregando los seres a su finitud. Los levanta dejándolos caer, abrazando su caída. Es como si el puente se empezase a construir a fuerza de mirar la riada y reconocer en ella una forma. “Me doy

cuenta de que ya no podemos ir a ninguna parte. Ha llegado la época en que la verdadera fe no tiene más remedio que devorar sus propias entrañas” (p. 468). Cuando una inundación crece, sea la de los poderosos o la de las aguas (los desastres naturales y los históricos se parecen, también en que a veces unen a los hombres), todas las fronteras son violadas y es mejor no ofrecer una resistencia frontal. Sólo queda tender puentes sobre la riada.

Un hombre bueno es como un puente, una corriente impetuosa entre dos orillas y al mismo tiempo un pasaje hacia otra posibilidad. Un puente sobre el Drina no deja de ser un canto a una beatitud anónima, que siempre será clandestina para el estruendo de la historia y la política, ese mundo de mentiras, fasto y cámaras en el que el propio Andrić tiene un pie.

“Entonces el cingaro se irguió, se abrió de brazos, adoptó un aire serio y una expresión de sinceridad conmovedora de la cual son sólo capaces las personas que no distinguen la mentira de la verdad” (p. 79). Como de otro modo realiza el Ulises de Joyce, aunque sin recurrir a ese famoso primer plano del monólogo interior, Un puente sobre el Drina despliega toda una psicología de cien personajes y épocas, dentro de inolvidables descripciones de la vida misteriosa de los elementos y los materiales.

Piedras y hombres se hacen eternos, no porque estén libres de muerte, sino porque en ellos reina una aceptación y un juego con lo imprevisible (p. 102). Radislav, Lotte, Alí-Hodja, Zorka, Stikovic. Descendiendo silenciosamente a su intimidad en medio del estruendo, muchos nombres de una humanidad innumerable se hacen querer. Andrić consigue hacernos amar una probidad, un tormento y una dicha que no pueden ser reconocidas por la historia, a pesar de las sucesivas promesas de todos los Imperios que se abaten sobre la espalda del hombre.

Entre otros personajes, Lotte representa el homenaje al cansancio de los héroes anónimos: el poeta desciende a su paso cansino de noche, “aquel paso que nadie conocía. Sobre la ciudad dormida, una oscuridad total se extendía uniformemente” (p. 417). Finalmente, enloquecida por la ocupación austro-húngara, Lotte se hunde mentalmente. “Miraba a todo el mundo de frente, pero no veía a nadie” (p. 411).

La materia prima de Andrić es la pasión de vivir, presente en el ser humano más insignificante. Ese soñar con los ojos abiertos, en su mezcla misteriosa de felicidad e infortunio, de poder e impotencia, iguala de alguna manera a humildes y poderosos. El canto, tal vez un poco autobiográfico, que realiza a la juventud de comienzos del siglo XX es particularmente emocionante. Hablando de Nikola Glasichanin, prematuramente envejecido, amargado y taciturno, Andrić dice: “Se entregó al amor con todo el ardor de que son capaces los amargados y los descontentos” (p. 377).

Si la materia prima de Un puente sobre el Drina es la pasión, las tan cacareadas “raíces del odio” son situadas por Andrić a un palmo de la misma generosidad vital. Ya sabemos que después vendrá la Unión Europea proponiendo eliminar el conflicto a base de arrancar la pasión. Andrić está muy lejos de esta castración normalizada, que no hace más que obligar a que la pasión y el odio tomen caminos perversos, como actualmente ocurre en Europa. Podemos suponer que esta tentativa normalizadora, más vieja de lo que parece, es caracterizada aproximadamente “como el pensamiento de un abogado, claro y transparente, igual que un vaso vacío de cristal” (p. 432).

Si quisiéramos seguir en otro orden el laberinto barroco de esta catedral que es Un puente sobre el Drina, se podría añadir lo siguiente:

I. Ad hominem. Igual que en Sebald, en Andrić nada parece resultar ajeno. Los dos escritores mantienen un pie en la historia, en la gran narración de lo visible (el César), y otro en el secreto de lo apenas perceptible (Dios). Un río es exactamente eso, una superficie que espejea, entre dos fronteras, desde un oscuro fondo inmóvil.

Limo y rocas es el fondo de la narración, verse sobre hombres o sobre ciudades. De ahí la sorprendente universalidad de tantos pasajes, situaciones y personajes, como si ya hubiéramos estado allí. Esto se debe, no a los viajes del diplomático Ivo Andrić, sino a la relación con el silencio común que el escritor y poeta mantiene.

Sólo los “hombres huecos” (Eliot), solidarios con el silencio de la especie, pueden ser propietarios de tal ubicuidad, de la capacidad de ponerse en el lugar de casi cualquier otro. De ahí la maravillosa frase: “El silencio favorece la oración y es, en sí, como una oración” (p. 491).

II. Tiempo. Igual que el río Drina discurre verduoso y brillante bajo los ojos del puente, siempre igual y siempre cambiante (p. 388), el protagonista es el hombre común, aquel que sólo tiene su esfuerzo, su coraje, su odio y sus creencias como capital inmutable frente a una suerte cambiante. Continuamente la novela abre “una isla pasajera en medio de la inundación del tiempo” (p. 113), como si toda la narración fuera en realidad la crónica de un suspiro, un instante “suspendido entre la noche y el día” en el que al hombre común le es dada una tregua.

El “tiempo es breve”, dice el Evangelio (I Cor. 7, 29), y esa lentitud fulminante que se acumula en el “aquí y ahora” de la vida mortal es la que permite establecer conexiones imprevistas y tomar la historia casi como si fuera un juguete. De cualquier modo, en la infamia que es cada sistema de gobierno es el hombre el que cuenta; el hombre, más que el nombre del Imperio de turno: de ahí que entre el mandato de Arif-Bey y el de Abidaga haya abismos.

Cubrir el Drina de bóvedas (p. 88). En todo caso, se trata de construir sobre la corriente, sobre las cenizas y la arena que el tiempo arrojan. Como si Andrić practicase a su manera esa vieja leyenda según la cual la labor del arte, frente a la ciencia, es conciliar opuestos y, rompiendo con la superstición de la cronología, hacer de cada accidente un monumento duradero. Cada obra de arte es como un instante expandido. Por eso en más de una ocasión Andrić repite que pocas veces podemos imaginar las dependencias (p. 104) que se tejen en la distancia. Las revoluciones que conmueven el mundo comienzan con el sueño escondido de un campesino en las laderas.

III. Monumentos. Con frecuencia la novela narra casi la nada más banal entre los hombres, qué ocurre cuando no hay ningún acontecimiento relevante, como en momentos del cine actual de Sokurov. La novela de Andrić es en primer lugar un monumento a lo insignificante, todo aquello que la historia oficial de Europa y los Balcanes desecha como un resto, una escoria “privada”. Por el contrario, ahora el rostro de las vidas personales es el eje de la narración, el punto focal con el que comienzan y terminan las gestas históricas.

“El deseo es como el viento, lleva el polvo de un sitio a otro” (p. 388). Y con esa contingencia de la materia humana se hace la historia. En algún lugar del mundo alguien juega a la lotería o se libra un

combate; y “es así, por curioso que parezca, como se decide el destino de cada uno de nosotros” (p. 357). Teje, tejedor del viento, dice Joyce a propósito de la ley indescifrable que gobierna la historia.

En otras palabras, lo grande e histórico cabe en lo “pequeño”, es el juguete de una existencia soberana precisamente porque tiene enfrente el vértigo de la muerte (p. 106). Por la misma razón, en *Un puente sobre el Drina* no hay buenos ni malos: tantos los cristianos como los musulmanes sufren y viven, son alternativamente víctimas y verdugos, a diferencia de la estupidez binaria que preside nuestra mayoría ideológica, sea oficial o alternativa. La historia siempre aparece en conflicto con la vida (la escena culminante es la interrupción del kolo con motivo del asesinato del archiduque Francisco Fernando, en el capítulo XXII) y por otra parte muy vinculada a ella. Como si no pudiéramos vivir ni con ella ni sin ella.

IV. Crónica. La historia aparece en cierto modo como la pesadilla de la que siempre hay que liberarse, el conjunto de condiciones canónicas que continuamente tenemos que desplazar para poder vivir y respirar. Con frecuencia es necesario huir de la historia “como de una casa en llamas” (p. 438). En este aspecto, los poderosos y los imperios se turnan en la opresión, así como las diversas religiones y culturas (preferentemente serbios y turcos) se turnan en el papel de víctimas o verdugos. Lo importante es la vida que sigue, trampeando, como un río entre escollos rocosos.

Igual que en nuestra época actual, a veces la solución de emergencia para el hombre es volverse invisible, “hacerse el muerto” (p. 463). Antes y después de eso, el comercio, las conversaciones en la kapia del puente, la amistad y la enemistad personales, el tabaco y la rakia, la entrega de las mujeres y la probidad de algunos hombres justos, tejen continuamente la tela rota por las guerras.

Se da en Andrić un culto constante a la resolución y al trabajo (p. 92) como vínculo de redención personal y construcción común, interpersonal. Un puente que relaciona puede ser el producto del sueño de un solo individuo, el gran visir Mehmed-Pachá, y de una resolución difícil de explicar antes de que la obra sea visible.

V. Lenguaje. Una y otra vez, en cada ser humano y cada esquina del universo respira una multitud. Antes de pronunciar la primera palabra, un corriente de ecos y sensaciones ya nos ha atravesado. Y Andrić desciende a esta fuente. Por eso la palabra es entre los hombres lo que el agua es en la naturaleza, una corriente vinculante. Tanto en las piedras como en los cielos, los límites de cada ser lanzan destellos.

Las múltiples lenguas de estas tierras son el instrumento máspreciado que tienen los hombres para darle forma a la desgracia y hacerla soportable. La vida se pierde y se encuentra, perdura en su mutación constante (p. 119), como la fuerza de las aguas y el puente sobre el Drina. Narrar, hablar, recordar contribuye a alejar la inundación que se repite en la noche. Mientas se habla y se cuenta se olvida, y el olvido es un medio tan poderoso como la memoria.

El crisol de razas, religiones y lenguas de estos reinos balcánicos no dejan de ser una metáfora del coro que cada uno tiene en la cabeza, de ese lenguaje corporal y sensitivo de un alma que también está en las piedras, en las hojas, en el cielo que cambia. Todo se expresa, y al expresarse cada individuación estalla en espuma, toma distancias con su aislamiento y establece vínculos insospechados. Incluso lo escrito, como la inscripción de Badi grabada en la piedra (p. 97), es susceptible de mil interpretaciones y traducciones: el agua lava la piedra, le arranca irisaciones y destellos. De ahí que Pasolini pueda hacer

que un actor pronuncie la frase “Buenas noches” con sesenta significados distintos. Los límites de cada ser, mortal como los otros, emiten una música incesante. Hasta el silencio de las piedras parece tender un puente.

VI. Ecce homo. La novela de Andrić es también un libro de sabiduría acerca de lo que somos desde siempre. Ante la eternidad de la muerte, se emprende un inmenso recorrido por los innumerables semblantes del misterio de cada hombre. Por eso en tantos lugares Un puente sobre el Drina parece estar hablando exactamente de esta época (p. 352).

Es como si el hombre tuviera la muerte como la mayor baza (p. 75) y en esta condición trágica poseyera siempre un arma con la que salir a flote de un contexto histórico que, finalmente, es una huida gregaria ante esa condición elemental. Allí donde hay un hombre, hay un río, una corriente con dos orillas que va arrojando mercancías distintas. Pero cada hombre bueno, como Alí-Hodja, se parece a un puente que establece pasajes incluso en medio de la violencia (p. 491).

Nadie echa de menos a un desconocido, se suele decir, pero en la novela de Andrić el protagonista es precisamente ese vecino desconocido, al que aquí se le rinde continuamente homenaje. Los numerosos nombres de lugares y personas que saturan la novela intentan captar momentáneamente una silueta de lo innombrable, la insignificancia heroica de aquel ser que ha quedado orillado por la historia oficial. Tras las mil gestas históricas, que se vuelven a narrar porque se repiten, la hierba es todo lo queda (pp. 106-107) del sueño de los guerreros.

VII. Religión. Lejos de una actitud meramente ilustrada, Un puente sobre el Drina es muy atento a la llama de las almas, como si el vínculo entre religión, nación y cultura no tuviera fronteras. La religión es en uno de los núcleos del lenguaje y uno de los vínculos que une a cada hombre con el eco de la sabiduría de los muertos. Cuando se entierra en secreto el cuerpo reventado de Radislav, se reza en la clandestinidad de la noche: Recibe, Cristo, entre sus santos el alma de tu esclavo. Pero la “esclavitud” del hombre ante esa personificación del misterio común es con frecuencia el emblema de la fuerza, individual y colectiva, al fin y al cabo “el hombre, como premio a su soledad y su pobreza, en medio de una región salvaje, vive como quiere y canta lo que desea” (p. 131).

Frente a los poderes imperiales, la religión aparece como fuente de resistencia. Una y otra vez, musulmanes y cristianos tienen en la oración el depósito de lo soñado y no realizado, bajo los avatares de la historia y ese continuo relevo del despotismo de un poder lejano. Con frecuencia Andrić se refiere a un mismo Dios que une a los hombres, quienes habitualmente se apartan de quien aparezca “sin religión y sin alma” (p. 78).

Aunque se diga también que la pugna entre las creencias oculta la lucha por la posesión de la tierra, estamos muy lejos de Marx. Y lo estamos en un punto clave: junto con el lenguaje o el canto, la religión concentra en lo local lo universal y permite que cada hombre sea como un río. Finalmente, el paleocristianismo de Andrić tiende puentes desde la grandeza de lo pequeño y es tan elemental que le da una voz a cualquier psicología, sea musulmana o no. Hay algo de religión siempre en el enigma de cada singularidad humana. Por ejemplo, en el huérfano Salko el Tuerto: “raro, valiente, feliz, truhán y gran bebedor” (p. 146).

VIII. Naturaleza. La tierra protege un misterio sin fronteras, pues cada monte, ribazo o corriente de agua marca sólo otra coloración y otro clima para una profundidad que apenas conoce más ley que la muerte y

el relevo estacional de las luces, siempre iguales y siempre cambiantes. Y es sobre todo en el héroe, que en esta novela es cualquiera, donde tierra, religión y cultura forman un nudo casi insoluble.

Además, el invierno y la furia de los elementos es una defensa de la comunidad local, adaptada a esa inclemencia, ante la crueldad de unos poderosos que siempre vienen de lejos: por eso Abidaga se encoleriza con el frío y unos días cada vez más cortos. Un puente sobre el Drina está sostenida por un canto a lo primario, a una fortaleza mortal que en cierto modo une a hombres, montañas, bestias y cielos.

La estética de Andrić es, en tal aspecto, una ética de la inmediatez natural, que nunca es naturalista. La belleza parpadea cuando se reconcilian el azar y el bien. En ese momento, cada cosa, cada situación o semblante del hombre ejerce de puente, de ocasión para el tránsito. De hecho, se puede decir que la "eternidad" es en esta novela lo imprevisible (p. 102) de cada momento-puente.

La historia, una y otra vez vencida, nos entrega las estrellas. Como no hay avance sin retroceso, poder sin rebelión ni alegría sin infortunio, siempre se produce el eterno retorno de un mismo fondo insondable. El silencio de la piedra y el verde vítreo de las aguas son signos a los cuales ha de volver el hombre.

* Todas las citas se refieren a la edición de la editorial Debate (Barcelona, 2000), que no parece ni mejor ni peor que otras, dentro de la torturante complejidad que debe ser traducir *Un puente sobre el Drina*. Quiero dedicar este ensayo a todos los amigos españoles de origen serbio. Ellos han sufrido lo indecible bajo este western en "blanco y negro" que la opinión oficial europea sigue rodando con el material laberíntico de los Balcanes.